

CAPITULO III

LA NOBLEZA (I)

I. El rey y el reclutamiento de la nobleza.—II. La nobleza fuera del Estado.—III. El rey mantiene á la nobleza.

I.—El rey y el reclutamiento de la nobleza

La palabra «nobleza» iba siempre acompañada en los edictos y declaraciones de los calificativos honoríficos de «segundo orden del reino,» «brazo derecho del rey,» «el apoyo más firme de las coronas,» y sin embargo la nobleza no era más que una casta mal cerrada y desordenada.

Colbert hubiera querido saber á punto fijo el estado en que se hallaba: «Su Majestad, dijo á los inquisidores en 1663, ha de ser especialmente informado de todo lo concerniente... á las principales casas de cada provincia, á sus enlaces, á sus bienes, á sus costumbres y á su conducta; si cometen violencias en los habitantes de sus tierras..., si favorecen ó dificultan los procedimientos de la justicia real.» En cuanto al resto de los nobles, el rey desea «saber la cantidad y los nombres más acreditados; si cultivan sus tierras por sus propias manos ó si las dan á arrendatarios; por ser este uno de los indicios esenciales de su carácter inclinado á la guerra ó á permanecer en sus casas.» Pero Colbert tenía en todas las cosas curiosidades que no podían ser satisfechas. Hacer un estado de la nobleza de Francia era cosa imposible: las genealogías, salvo en algunas poquísimas casas ilustres, eran inseguras y estaban complicadas con falsedades y leyendas; la transmisión hereditaria de los nombres patronímicos no había heredado hasta fines del siglo XIII y los registros del estado civil databan del XVI. El nombre muy antiguo de una tierra no demostraba la antigüedad de una familia, puesto que pasaba de una familia á otra. En una misma familia los hermanos llevaban nombres distintos, y en vano habían pedido en 1614 los Estados generales que los

(1) FUENTES. L. Cherin, *Abrégé chronologique d'édits... concernant le fait de la noblesse*, París, 1788. Isambert, *Recueil...*, t. XVIII y XIX. Clement, *Lettres...*, véanse en el índice las palabras *Noblesse*, *Anoblissements*, *Gentilshommes* y *Seigneurs*. Depping, *Correspondance...*, sobre todo en el t. II. *Mémoires des intendants*, indicadas en las págs. 92 y 127. *Mémoires* de Luis XIV. Las memorias y correspondencias de la época, especialmente: las *Mémoires* del duque de Saint-Simon, *Écrits inédits de Saint-Simon*, pub. por Faugere, París 1882-93, 8 vol. Spanheim, *Relation de la cour de France en 1690*. Señora de Sevigné, *Lettres*. La Bruyere, *Les caractères...*, en los capítulos: *De la ciudad*, *De la Corte*, *De los Magnates*, *De ciertos usos*.

OBRAS. Loyseau, *Traité des seigneuries*. La Roque, *Traité de a noblesse*, Ruán, 1735, 2 vol. Del mismo autor, *De l'origine des noms et surnoms*, París, 1681. Guyot, *Répertoire...*, en la palabra *Noblesse*. La Chesnaye des Bois y Badier, *Dictionnaire de la noblesse*, 3.^a ed., París 1863-82, 18 vol. Louandre, *La noblesse française sous l'ancienne monarchie*, París, 1880. Gasquet, *Précis des institutions politiques et sociales de l'ancienne France*, París 1885, 2 vol. Lemontey, *Essai sur l'établissement monarchique de Louis XIV*, París, 1818. Walkenaer, *Mémoires touchant la vie et les écrits de Marie de Rabutin-Chantal, dame de Bourbilly, marquise de Sévigné*, 4.^a ed., París, 1856-65, 6 vol. Taine, *La Fontaine et ses fables*, 16.^a ed., París, Hachette, 1903. Bertin, *Les mariages dans l'ancienne société française*, París, 1879. Allaire, *La Bruyère dans la maison de Condé*, París, 1886, 2 vol. Masson, *Le marquis de Grignan*, París, 1887. De Vaissiere, *Gentilshommes campagnards de l'ancienne France*, París, 1903.

nobles viniesen obligados á firmar con sus nombres patronímicos. Lo propio que los nombres de los señoríos nada probaban los escudos de armas, pues los más bonitos eran precisamente los usurpados por los villanos. La ciencia heráldica, que se hallaba en la infancia, era muy oscura.

El gobierno de Luis XIV no puso orden en aquel desbarajuste ni protegió á la nobleza contra la intrusión de los falsos nobles, tan numerosos, que bien podría afirmarse que aquélla se iba formando principalmente por la usurpación. El rey ordenó, en 1661, en 1666 y en 1668, pesquisas de falsos nobles á fin de poner coto á un abuso «perjudicial al honor de la verdadera nobleza y á nuestros súbditos que pagan las tallas,» como dice una declaración; pero la intención verdadera, y por otra parte legítima, era coger de nuevo á contribuyentes evadidos. La «pesquisa» era una operación fiscal, presuponia de antemano las multas que había de percibir de los «usurpadores» y arrendaba la empresa á un asentista: Entonces se organizaba una administración, comunmente vejatoria, que exigía sus títulos no sólo á los sospechosos de falsa nobleza, sino también á «todos los que afirmaban ser nobles.» En 1670 suspendióse la operación «á causa de las vejaciones y abusos que en la pesquisa se cometían;» pero no tardó en reanudarse, porque la guerra de Holanda obligaba al rey á recurrir á los «negocios extraordinarios,» repitiéndose los mismos abusos. Algunos asentistas «mortifican á verdaderos hidalgos» y entran en «componendas con los usurpadores;» familias «públicamente conocidas como plebeyas... gozan al presente del privilegio de nobleza con título;» é individuos juzgados, condenados é inscritos en la nómina de la talla «han conservado,» á pesar de todo, la exención que habían usurpado. En la mayor parte de las provincias «la pesquisa ha sido casi inútil.» En 1674 suspendióse esa investigación para ser reanudada con igual éxito veintidós años después; nuevo ejemplo de la incapacidad, tantas veces demostrada, del gobierno real para seguir un propósito hasta el fin.

Desde hacía mucho tiempo, los reyes se habían adjudicado y reservado el derecho de ennoblecer y ennoblecían categorías de individuos, como por ejemplo á los oficiales del ejército y á los funcionarios de la magistratura después de un determinado tiempo de servicios, ó bien á personas individuales en recompensa de sus méritos, ó finalmente vendían la nobleza, en los momentos de penuria, á granel. Luis XIV, como sus predecesores (2), hizo gran número de nobles.

Un edicto que ofrece al público títulos de nobleza, empieza por menospreciar la nobleza de nacimiento: «La noble prosapia y la antigüedad de raza, que tanta distinción imprimen entre los hombres, no son sino el producto de una fortuna ciega;» y en cambio se ensalza la que otorga el príncipe, «el cual sabe recompensar por elección los servicios importantes que los súbditos prestaron á su patria.» Por lo demás, hay otros servicios que los que se prestan con las armas en la mano y «el celo» se manifiesta de más de una manera:

«Esto nos ha hecho adoptar la resolución de conceder quinientas cartas de nobleza en nuestro reino para

(2) Por lo que toca, por ejemplo, á Enrique III, véase el tomo anterior.

servir de recompensa á aquellos de nuestros súbditos que, adquiriéndolas por un precio módico, contribuirán á proporcionarnos los socorros que necesitamos para repeler los esfuerzos obstinados de nuestros enemigos.

El edicto enumera los honores y provechos del negocio: «los impetrantes podrán tomar la condición de escudero y llegar al grado de caballero, disfrutar y usar de todos los honores, prerrogativas, preeminencias, franquicias, libertades, exenciones é inmunidades de que gozan los demás nobles de nuestro reino...; llevar escudo timbrado..., que será reproducido y blasonado en nuestras cartas de ennoblecimiento...» Al final, se recuerda la «modicidad» del precio: «con tal que nos paguen las cantidades en que serán moderadamente tasados en nuestro Consejo.» El edicto era, pues, un proyecto muy bien hecho. Si la mercancía no tenía salida, el rey imponía su compra; La Roque, en su tratado de la Nobleza, escribe: «Algunos vemos que han sido hechos nobles á la fuerza, por virtud de edictos, habiendo sido escogidos mediante dinero contante; uno de ellos es Ricardo Grain d'Orge, famoso comerciante en bueyes de la región de Auge, que se vió obligado á aceptar ese privilegio y á pagar mil escudos al contado en el año 1577.» Análogas coacciones se ejercieron contra plebeyos recalitrantes en tiempo de Luis XIV.

Pero el rey no procedía con lealtad en ese tráfico, sino que de cuando en cuando (desde 1666 á 1715 cuatro veces por lo menos) confirmaba los ennoblecimientos, es decir, obligaba á los ennoblecidos á pagar otra cantidad. Este sistema de ennoblecer no era más á propósito que la «pesquisa» de falsos nobles para restaurar «el honor de la verdadera nobleza.»

II.—La nobleza fuera del Estado

La nobleza no tenía funciones propias que la distinguiera del resto de la nación.

Los feudos continuaban gravados con la obligación del servicio militar, y así vemos que algunos gobernadores de provincia pasan revista de la nobleza y la convocan para combatir motines ó para proteger las costas contra el enemigo; pero desde hacía mucho tiempo los reyes habían reemplazado las milicias feudales con el ejército real profesional. Había nobles que podían no tener que servir nunca, y muchos, en efecto, no servían jamás, puesto que el llamamiento de los enfeudados era un recurso extremo.

Lo que este recurso daba de sí habíase visto en 1635 (1) y se vió nuevamente en 1674, fecha en que el rey convocó á los feudos y á los retrofeudos de las catorce provincias más próximos al teatro de la guerra. Lamentable fué el espectáculo de aquellos millares de hidalgüelos que en Nancy se juntaron al ejército de Crequi, y acerca de él formuló el mariscal enérgicas quejas y aún no se atrevió á decirlo todo: «Suprimo muchas cosas que serían desagradables de escuchar.» Crequi llevó el contingente de los retrofeudos al ejército de Turena, el cual no conservó mucho tiempo esa «nobleza dificultosa,» cuya lentitud en una marcha hacia Saverne estuvo á punto de ocasionar un desastre, y la envió á Lorena, en donde «aquellos vagabundos sin

fortuna saquearon hasta hartarse.» «No hay desorden, escribe un intendente, que esa nobleza no haya cometido por dondequiera que ha pasado.» Ante el enemigo no supo oponer resistencia; así la de Anjou, atacada por una de las partidas que asolaban los campos, fué capturada casi toda, salvándose sólo unos pocos fugitivos ágiles. Crequi rogó que le desembarazaran de «aquellos hombres poco acostumbrados al mando y que no pueden sufrir, en el servicio, una pobreza que en sus casas soportan. Á cada paso pierden el respeto á sus oficiales, descuidando el servicio, ó se proponen la retirada.» Trascurridos los dos meses de servicio ordenados en la convocatoria, se quejaron de hallarse «lejos de sus casas,» y como se quisiera retenerles un mes más, dándoles sueldo, víveres y forrajes, unos cuantos centenares de ellos, dirigidos por un comandante, partieron de la noche á la mañana de Metz, á pesar de la prohibición del mariscal. En esto llegó la orden de licenciarlos: «Deseo ardientemente, escribió el mariscal, que el rey no necesite nunca reunir su nobleza, porque es un cuerpo incapaz de acción y más propio para suscitar desórdenes que para remediar accidentes.»

Esto no obstante, al año siguiente fué llamada á las armas la segunda mitad del contingente noble; pero una ordenanza ofreció la dispensa del servicio mediante el pago de una tasa proporcionada á la renta. «No dudamos, decía el rey, de que nuestra nobleza estará muy satisfecha de poder eximirse, por una cantidad tan módica, de servir personalmente.» Sólo los nobles de Normandía declararon que preferían ir á la guerra, pero el monarca replicó: «No sería conveniente ni digno de los retrofeudos de mi reino que concurrieran en tan pequeño número.» Todo se redujo, por consiguiente, á sacar algunos millares de libras á los hidalgüelos (2).

Muchos nobles franceses tenían la pasión de las armas y hacían uso de los privilegios que les reservaban el honor de servir en ciertos cuerpos y de disfrutar de los altos grados en el ejército; por esto en todas las campañas acudían á los campos de batalla voluntarios nobles y se derramó sangre noble durante las interminables guerras. Pero el servicio de las armas no era privilegio ni función del segundo orden del Estado; el rey no quería que la nobleza tuviese una función, sin duda por el temor de ser prisionero de un ejército noble.

Por otra parte, la nobleza fué rigurosamente excluida del gran servicio político, del ministerio y de todos los consejos (3), habiéndola expulsado Luis XIV de las pocas posiciones que había conservado. Únicamente los pares disfrutaban aún de una prerrogativa política, cual era el derecho de figurar en el Parlamento; pero la anulación de éste hacía ilusorio aquel privilegio. El rey aumentó el número de ducados-pairías, seguramente para rebajar la importancia de las pairías.

III.—El rey mantiene á la nobleza

Una parte considerable de la tierra noble había pasado, desde hacía mucho tiempo, á la Iglesia, y sobre todo á los magistrados y á los asentistas. «Si ciertos

(2) C. Rousset, *Histoire de Louvois et de son administration politique et militaire*, 4 vol., 7.^a ed., París, 1891. caps. VII y VIII (tomo II).

(3) Véase anteriormente, pág. 68.

(1) Véase el tomo anterior.

muestran resucitaran, decía La Bruyere, y vieran sus nombres ilustres llevados y sus tierras señoriales, con sus castillos y antiguas viviendas, poseídas por gentes cuyos padres eran quizás sus colonos, ¿qué opinión podrían formar de nuestro siglo? Muchas de las grandes fortunas que aun subsistían estaban mal administradas, pues era señal de nobleza no saber nada de los asuntos propios. El orgullo de aparentar creció á medida que menguaba el valor intrínseco de la nobleza; la emulación de disputar á los asentistas la gloria de los palacios, de los jardines, de las terrazas y de las «aguas bellas» completaba la ruina.

La nobleza no podía enriquecerse en el servicio del rey. Á la señora de Sevigné costó muy caro el comprar al caballero su hijo modestos cargos de oficial de los gendarmes de Monseñor y equiparlo á cada campaña. Su yerno, teniente general del rey en Provenza, reproducía en el castillo de Grignán la representación de Versalles: una corte de oficiales, de hidalgos y de pajes; festejada la multitud de invitados en «la galería»; la mesa puesta («la cruel y continua comida») como decía la marquesa), los muebles suntuosos, los cuadros de Francia y de Italia, y las mesas de juego alumbradas por bujías de cera. Un día el marqués de Grignán escribió al canciller Pontchartrain: «Estoy sin ninguna subsistencia.» La historia del caballero de Sevigné ó del marqués de Grignán es la de una porción de nobles. El caballero, no atreviéndose á explicar á su madre «sus razones sobre el dinero» que de ella deseaba, suplicó á la señora de La Fayette que se las escribiese; esas razones «son tan buenas, escribió la dama, que no necesito explicármelas extensamente, pues desde donde estais, veis el gasto de una campaña que no se acaba nunca. Todo el mundo está desesperado y se arruina, y es imposible que vuestro hijo no haga un poco como los demás.» Excelentes personas de mediana posición se arruinaban obscuramente. Dos nobles auténticos del Berry comparecieron ante los investigadores encargados de la pesquisa de la nobleza; uno de ellos declara que «ha servido al rey muchos años y en su servicio ha consumido toda su fortuna, que nada posee y que vive solamente gracias á lo que le da la señorita La Vergne, su esposa.» El otro ha vuelto del ejército tan pobre, que en su parroquia le han señalado como talla «seis sueldos por trimestre.»

De las relaciones redactadas por los intendentes en la información ordenada por Colbert, se desprende una pobreza casi general de la nobleza. En Anjou, en Turena, en Maine hay algunas familias ricas y otras convenientemente «acomodadas»; pero en esas familias hay segundones miserables. En Anjou, el marqués de Vezins, «llamado de Andigné», posee 36.000 libras de renta y tiene «siete ú ocho hermanos menores muy pobres.» Y con frecuencia las mejores fortunas hallanse gravadas por deudas originadas por «el gran gasto de la corte,» ó por el juego, ó por una «vida licenciosa.» Respecto de aquellas tres provincias, las memorias sólo hablan de las familias más importantes. En Turena, en donde el duque de Luynes tiene su ducado, que «abarca un gran territorio,» y al marqués de Vassé, llamado Groignet, se le calculan 86.000 libras de renta, y al conde de Grandbois y al marqués de Moussy 50.000, hay cuatrocientas familias nobles, algunas de las cuales tienen

2.000 libras de renta ó menos, y las demás están en extremo atrasadas.

Los informes relativos á otras provincias son iguales á éstos ó aún peores. No había nobleza más pobre que la de Bretaña. El intendente de Moulins, después de haber «indicado minuciosamente» la fortuna de los señores del Bourbonnais, que «asciende á bastante,» añade: «Aunque parezca por este cálculo que la nobleza del Bourbonnais es bastante rica, la verdad es, sin embargo, que está llena de deudas y que más de la mitad se halla atrasada y pobre.» Lo mismo pasa con los nobles de la Marca: «No se crea que la fortuna en tierras, que dejamos dicho pertenece á los hidalgos de la Marca, sea enteramente suya; ni se infiera de ello que sean ricos, pues hay muchos que están cargados de deudas y se hallan, por ende, en mala situación.» En cuanto al Delfinado, una memoria de 1654 dice que la nobleza se compone de más de mil doscientos hidalgos, en su mayoría pobres, pero valientes y gloriosos, y «sirve de buen grado y se halla en gran número en los ejércitos del rey.»

La nobleza, avergonzada de su miseria, la ocultaba lo mejor que podía. Un edicto queen 1673 ordenó el registro de las oposiciones de los acreedores hipotecarios, fué revocado á ruego de los nobles que querían guardar el misterio de su fortuna. Algunos cortesanos arruinados continuaban viviendo ostentosamente. «Jamás tienen un céntimo, decía la señora de Sevigné, y hacen todos los viajes y todas las campañas, siguen todas las modas, asisten á todos los bailes, á todas las carreras de sortijas y á todas las loterías, y van tirando á pesar de hallarse en pésima situación.» Y así tiran hasta que un día, por efecto de un accidente cualquiera, «todo se viene abajo.»

La nobleza no tenía ningún medio honroso de enriquecerse. Los oficios y el comercio, á los que, por otra parte, no se sentía inclinada, le habían sido vedados por repetidas ordenanzas de los reyes que, en los siglos XIV y XV, quisieron reservarla enteramente para el servicio de las armas, no estándole permitido á un hidalgo ni siquiera llegar á ser un gran agricultor. Un antiguo edicto, renovado en 1661, limitaba á cuatro el número de huebras de tierra que podían explotar por sí mismos los eclesiásticos, los hidalgos, los burgueses y otros privilegiados, y la razón de ello era que la tierra labrada por un privilegiado no habría pagado el pecho plebeyo. De modo que la nobleza, víctima de sus propios privilegios, no tenía el derecho de trabajar. «Vivir noblemente» equivalía á vivir sin hacer nada, y la misma carrera de funcionario fué inaccesible para los nobles á causa del precio que por el ingreso en la misma debía pagarse. Vuestra nobleza, decía en 1617 una asamblea de los notables de Normandía, se ve «privada de ingresar en los cargos de la república, á pesar de que vos y vuestros predecesores le habéis prometido preferirla á todos los demás, porque no puede pagarlos á un precio tan exorbitante.»

Los hidalgos hubieron de vivir, en su consecuencia, de expedientes, de los que los principales fueron el juego, las deudas y los matrimonios desiguales. Toda la alta sociedad jugaba, en los garitos, en los salones y en el palacio del rey, un «juego desenfrenado, continuo, sin moderación, sin límites;» y pagar sus deudas á los criados,

á los obreros y á los tenderos era considerado como una virtud que anunciaba la «conversión.» «El señor de Guitaut, dice la señora de Sevigné, pareceme muy preocupado por su salvación...; le han entrado ganas de pagar sus deudas y no contraer otras nuevas, y este es el primer paso que se da en ese camino cuando se sabe su religión.» Por último, los matrimonios desiguales eran innumerables. La siguiente frase de La Bruyere debe tomarse al pie de la letra: «Un hombre muy rico... puede introducir un duque en su familia y hacer de su hijo un gran señor;» y en otro pasaje aún dice esta verdad: «La necesidad de dinero ha reconciliado á la nobleza con los plebeyos (1).» El hombre rico entraba en todas partes, y ante el dinero humillábase todo orgullo y hasta la majestad del rey. En el fondo, «la extraña desproporción... entre los hombres,» resultaba tanto como de la calidad de las personas «del mayor ó menor número de monedas.» La alta sociedad de París y de Versalles estaba más mezclada de lo que á primera vista parecía, y en ella se veía «á los extremos aproximarse;» era «como una música que desentona... como colores mal casados.»

Esos expedientes, sin embargo, no bastaban para hacer vivir á la casta ociosa y arruinada; de aquí que el rey se viera impulsado, por una especie de necesidad, á mantenerla.

Como el Concordato de 1516 había puesto á disposición del rey de Francia gran número de beneficios, Luis XIV, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, mantuvo á la nobleza con fondos de la Iglesia. «Los duques de La Rochefoucauld, dice Saint-Simón, se habían acostumbrado... á no querer en su familia más que un sucesor que recogiera todos los bienes y toda la fortuna del padre, y á no casar á hijas ni á segundones, con los que no contaba para nada y á quienes echaban á Malta y á la Iglesia.» El primer duque tuvo cuatro hijos, de los que uno fué obispo de Lectoure, otro se contentó con algunas abadías y otro entró en la orden de Malta, y seis hijas, de las cuales cuatro fueron abadesas y una religiosa; sólo una, «más tenaz,» quiso un marido. El segundo duque tuvo cinco hijos: tres fueron caballeros de Malta y uno sacerdote, «muy mal llamado tal,» porque sólo tenía de sacerdote el nombre; las tres hijas murieron solteras en un rincón del palacio de La Rochefoucauld. Los beneficios, una vez entrados en una familia, no salían de ella, sino que pasaba de un hermano á otro, de un tío á un sobrino. En 1667, durante el sitio de Lille por el rey, el marqués de Puisieux supo un día, hallándose en una trinchera, la muerte de uno de sus hermanos, abad de Saint-Bocasse, de la diócesis de Reims, y rogó al señor de Turena que pidiera al monarca esa abadía para otro de sus hermanos. El mariscal cumplió el encargo, excusando al señor de Puisieux, que no podía abandonar la trinchera, por no haber formulado personalmente su petición, y el rey otorgó la abadía en el acto. El joven abad, que después fué obispo de Soissons, siendo un excelente prelado, contaba entonces once ó doce años. El rey daba abadías en encomienda á laicos que continuaban siéndolo, ó también concedía pensiones sobre la renta de una abadía ó de un obispado. La señora de Sevigné, el día

que supo que el señor de Nevers había recibido mil libras sobre un obispado (2), escribió: «No acertó á explicarme para qué, como no sea para aumentar el número de violines con que todas las noches se divierte.»

Una parte de la nobleza se extinguía en el celibato de la Iglesia; con ello se evitó el excesivo aumento de un proletariado noble, pero se privó también á aquélla del saludable aguijón de la necesidad de ganarse el pan. El uso que hizo el rey de los bienes de la Iglesia y la manutención asegurada á tantos segundones famélicos, contribuyeron á perpetuar la confusión de nobleza con haraganería; y el monarca se vió en posesión de un medio tan cómodo de multiplicar sus favores, que lo empleó para aumentar su clientela de obligados á sus beneficios (3). Se ha dicho que el Concordato «que puso en manos del príncipe la colación de los bienes eclesiásticos...», le recompuso esa clase de recompensas que había constituido la fuerza de las primeras dinastías, y que la «monarquía ha debido quizás dos siglos de su existencia á ese famoso tratado (4).» Durante las dos dinastías primeras, la distribución de dones á personas y á familias había sido, en efecto, uno de los principales resortes del gobierno; una y otra habían consumido, día tras día, su haber y su poder, y los últimos Merovingios y los últimos Carolingios fueron unos holgazanes, porque no teniendo ya nada que dar, no podían hacer nada. Ahora bien; el rey de la tercera dinastía no se elevó nunca á la idea neta de un poder público impersonal y siguió recurriendo al procedimiento primitivo y grosero de hacer «obligados» por medio de *munera* y de *donas*, con lo cual iba á la ruina, y habría llegado á ella más pronto si el derecho de disponer de los bienes de la Iglesia no le hubiese ayudado á economizar sus bienes propios.

Pero también de esos bienes propios gastó muchos el rey para mantener á la nobleza.

A los señores más ilustres dióles los grandes cargos de la corona, y en el servicio de los grandes empleos inscribió los más preclaros nombres de Francia. Y si el monarca, por su parte, quiso reunir bajo su mano á la nobleza, ésta, á su vez, apresuróse á doblegarse ante él. Durante el siglo anterior, algunos nobles ilustres eran todavía en las provincias jefes de nobleza, rodeados de vasallos, de pajes y de soldados, á los cuales conducían á la guerra y utilizaban para servir en las guarniciones de sus castillos ó en las plazas de que eran gobernadores. Mas convertida la nobleza feudal en nobleza cortesana, desapareció aquel estado de cosas y toda la ola noble afluyó á la corte; por esta razón el rey aumentó el número de los pajes de la grande y pequeña caballería, cuidando de escogerlos solamente entre las personas de calidad. También aumentó las compañías de sus guardias de corps «á causa del gran número de gentes de calidad ó de servicio que se afanaban de continuo para tener plaza en ellas.» Todos los servicios se recargaron de personal y la corte llegó á ser una población.

(2) Acerca del uso que Luis XIV hizo de los beneficios, véase Gerin, *Recherches historiques sur l'Assemblée du clergé de France de 1682*, París, 1870, 2.^a ed., capítulo I: «La Regalía.—Los bienes de la Iglesia en tiempo de Luis XIV.»

(3) Véase anteriormente, pág. 57.

(4) Lemontey, *Essai sur l'établissement monarchique de Louis XIV*, pág. 336.

(1) Véase el tomo anterior.

El rey no cesaba de distribuir en ella placeres y favores; todo el mundo esperaba algo de él. «Puede suceder que, haciéndole la corte, se encuentre uno debajo de lo que él arroja,» decía la señora de Sevigné; y Russy-Rabutin escribía: «Le abrazaré también las rodillas, y tan á menudo, que al fin llegaré tal vez hasta su bolsa.» Las manos se tendían hacia aquella mano milagrosa, y los restos de antigua energía; «que aún palpitan,» fueron aplacándose en esa mendicidad, bajo la voluntad tranquila, paciente, insistente del rey. Los ilustres facciosos de otro tiempo, sus hijos y sus nietos, los Condé, los Bouillon, los Lorena, se convirtieron en criados que servían á una persona y la adoraban, mientras el Amo, ocupado en contemplar y mover ese cortejo de prisioneros, se aprisionaba él mismo en su corte y perdía de vista el mundo real ocultado por la decoración. La corte fué uno de los sitios más brillantes del mundo, pero también uno de los más funestos.

Finalmente el rey mantuvo á la nobleza por medio de la guerra.

En 1661, al abrir la legislatura de los Estados del Langüedoc, el gobernador les advirtió que no esperasen que cesasen los gastos militares á pesar de haberse firmado la paz, porque es menester, dijo, «dar ocupación á todas las partes del Estado...; no pudiendo el rey negar empleo á tantos oficiales ilustres que han consagrado su vida y su tiempo á nuestra conservación, sin cometer una injusticia, de la que Su Majestad es incapaz.» A propósito del aumento de las compañías de guardias de corps, cuyo sueldo «triplicado y hasta quintuplicado» le reprochaba Colbert, como le reprochaba el dinero que aquéllas gastaban en «fanfarrias y adornos,» dijo Luis XIV: «No puedo dejar de hacerlo.»

La nobleza militar cortesana no tenía carácter para satisfacerse con simples ostentaciones, sino que quería guerrear, y una de las mercedes que pedía al rey era el peligro, el placer, el honor de la guerra. Entre las razones que en 1666 le movían á partir para los Países Bajos, daba el monarca la siguiente: «Tantos hombres valientes á quienes veía animados para mi servicio, parecían solicitar de mí á todas horas que les proporcionase alguna materia á su valor.» Y cuando al año siguiente se decidió la campaña de Flandes, dijo: «Al primer rumor, vi en un instante engrosada mi corte con una infinidad de hidalgos que me pedían empleos;» y si no se lo daba, ellos se lo tomaban:

«El afán de servirme era tal, que mi mayor disgusto, en todas las ocasiones que se ofrecían de hacer algo, era contener á los que se presentaban, como sucedió cuando quise llevar gente á mis buques en Dieppe, porque además de los comprometidos presentóse tan gran número de voluntarios, que me vi obligado á rechazarlos á todos y aun á castigar á algunos de primera calidad que, sabiendo que serían rechazados, se habían puesto en camino sin pedirme para ello licencia.»

Efectivamente, el duque de Foix, el conde de Saux y el marqués de Ragny recibieron orden de volverse y de ir á la Bastilla, en donde, dice el rey, «los tuve encerrados algunos días.» Pero mientras podía, el monarca contentaba á sus hidalgos.

«Primo, escribía en una ocasión al almirante duque de Beaufort, Vivonne se va á mis buques para no per-

manecer ocioso en un tiempo en que los ocasionarios no tienen gran cosa que hacer en otras partes. Os lo recomiendo como persona á quien, según sabéis, profeso gran afecto.»

Había sido menester crear aquella palabra «ocasionarios» para definir una profesión que tenía numerosos adeptos, la de los hidalgos que acechaban las ocasiones de «no permanecer ociosos.» El rey leía en los ojos la súplica: «Dadme algo que hacer.»

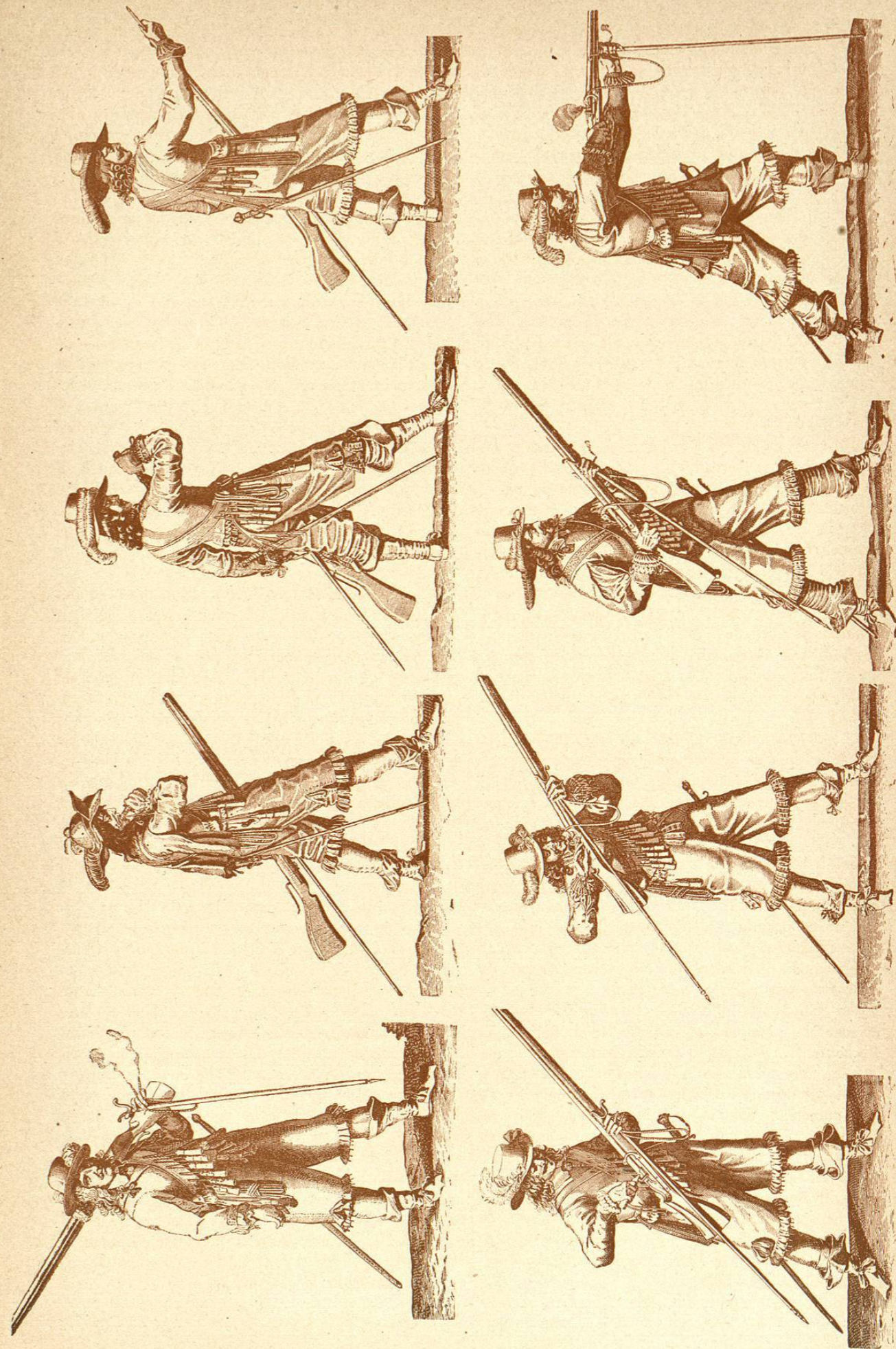
La costumbre de la guerra perpetua, adquirida desde hacía mucho tiempo (1), subsistió; la corte veía partir á sus jóvenes en la primavera, y las mujeres, los viejos, los sacerdotes, los ministros y la gente togada, únicos que allí quedaban, esperaban las noticias de los campamentos y de los ejércitos, y al regresar los hidalgos soldados para establecer en la corte sus cuarteles de invierno, la pasada campaña era el tema de todas las conversaciones. Discutiáanse los planes del príncipe y de los señores de Turena, de Luxemburgo y de Crequi, y se relataban los pasos de los ríos de Flandes, Alemania, Hungría, Cataluña é Italia; los desembarcos en las costas de Sicilia, Irlanda y Berbería; las grandes batallas, los pequeños combates y cómo fué deshecha tal facción de enemigos ó tomada tal media luna. Luis XIV vivía rodeado de un partido ardiente de la guerra perpetua, ardor que no se amortiguó jamás.

Sin embargo, ni la Iglesia, ni la corte, ni el ejército bastaban para hacer vivir á la nobleza de Francia, pues siempre quedaban sin ocupación millares de familias. A la nobleza rural la hemos encontrado en todas partes: en el capítulo de la hacienda, en el de las leyes, de la justicia y de la policía; en el de los labriegos, compitiendo con el rey en la labor de recaudar impuestos sobre los bienes de los campesinos y dejándole sólo las sobras; explotando hasta el extremo la justicia y los derechos señoriales, rebañando todo lo que puede en prestaciones personales y en dinero, falseando el reparto de los pechos y dificultando la circulación por los caminos y por los ríos con sus peajes y hasta con su bandolerismo. El hidalguéolo era un estorbo terrible para la monarquía.

Y es porque él mismo pasaba terribles apuros.

Sería una injusticia no compadecer á la grande y á la pequeña nobleza por el destino á que estuvo condenada. Una casta á la que no se da ocupación necesariamente ha de pervertirse. Se acusa á la nobleza de irreflexiva, vanidosa y dañina; pero ¿cómo no ser irreflexivo y vanidoso viviendo en la ociosidad de Versalles? Y en cuanto al hidalguéolo, ¿cómo no ser dañino si es pobre, como lo es en efecto, y si las costumbres y aun la ley misma le prohíben el trabajo, como se lo prohíben en realidad? El teatro y los moralistas hacen burla del orgullo del hidalguéolo: «El noble provinciano... repite diez veces al día que es hidalgo, y ocupado toda su vida con sus pergaminos y títulos califica de burgueses á los que visten toga de pieles y usan mortero.» ¿Y en qué quiere La Bruyere que se ocupe el hidalguéolo, cuando él mismo ha dicho que «ese noble» es «inútil á su patria, á su familia y á sí propio y carece á menudo de casa y de ropa...?»

(1) Véase anteriormente, pág. 12.



MOSQUETEROS DE LA INFANTERÍA DE LUIS XIV. —1. En marcha.—2, 3 y 4. Cargando el mosquete.—5. Echando pólvora en la cazoleta.—6. Soplando la mecha.—7. Dispuesto.—8. Fuego.